

## EL ÚLTIMO LIBRO DE ZUM FELDE

### La Historia Literaria de América Como Compromiso

-I-

#### UNA TOMA DE POSICIÓN AMERICANA

Frecuentemente, en el curso de su **Índice**, Zum Felde adopta definidas actitudes. Muy a menudo toma partido en los debates históricos e intelectuales cuyas líneas dibuja. Tal vez fuera mejor decir que retoma partido, ya que ha operado anteriormente a él otro, no por tácito, menos evidente. Es el que implica la reseña de las obras, la presentación de las ideologías, la selección de autores estudiados, la exclusión y el silencio que sobre otros hace pesar.

Sin embargo, son ciertas páginas las que vertebran, muy especialmente, algo así como una actitud central. Ésta, por ejemplo: **“El concepto de Toynbee acerca de los pueblos coloniales no-europeos, aplicado al caso americano no es exacto. Los pueblos hispano-americanos (aun aquéllos de mayoría india o mestiza) no son “coloniales” como los de Asia o Africa; median diferencias fundamentales. Aquéllos –musulmanes, hindúes, amarillos, etc.–, poseen una religión, una lengua, una historia, propias, aparte y distintas de lo occidental, de lo europeo; las poseen vivientemente, es decir, que profesan esa religión, hablan esa lengua (...) Pero en América no ocurre así; la lengua de México, por ejemplo, la que habla, bien o mal, todo el pueblo, en las ciudades y los campos, es el español, no el nahuatl (...) La religión popular de México –como la de toda América– no es la precolombiana, sino la católica traída por la conquista (...) Toda la prodigiosa riqueza arqueológica indígena (...) es para el pueblo mexicano, sólo objeto de curiosa admiración. (...) Todo vínculo tradicional con aquella cultura arcaica se ha roto. La espada de la conquista –espada y cruz– cortó de un tajo definitivo las dos épocas. La que está viva es ésta, la posterior (...) La conquista y la colonización hispana se resuelven en la mezcla étnica con los nativos; y la masa popular criolla lleva en mitad sangre y alma de los conquistadores (...) Luego –a partir del movimiento romántico– América quiere también emanciparse de la tutela cultural hispánica, hereditaria (...) para europeizarse. Más tarde –ahora– se produce un nuevo movimiento intelectual: esta vez para deseuropeizarse, es decir, para independizarse de la otra tutela cultural adoptada, “en busca de su propia expresión” de cultura. Pero, esta América forma ya, históricamente, parte de la cultura occidental que es la suya; de modo que su independencia, su personalidad, no puede ser “contra” ella, sino “dentro” de ella, como una de sus modalidades nacionales”.**

Hasta aquí el transcriptor puede estar de acuerdo. Pero Zum Felde identifica **lo universal**, y ni qué decir **lo occidental**, con **lo europeo**, sin percibir que esta identificación se halla condicionada a un proceso de europeización del mundo que hoy está en reflujó. Tal identificación, y su error implícito, tiene sin embargo, otras consecuencias. Una de ellas nos parece implicada en esta afirmación del prólogo: **“la**

**vida europea se desenvuelve de modo específico en el clima humano de la cultura, esencial y formalmente universal, ecuménico, en su mayor parte; por tanto, su ensayística nacional puede ser, también en amplio grado, de significación e interés universales, ecuménicos. La vida hispanoamericana, en cambio, se produce y desenvuelve en un clima social predominantemente condicionado –y limitado– por los factores histórico-geográficos propios (...) Estudios sobre fenómenos típicamente hispanoamericanos –herencias caracterológicas del coloniaje, problema del indio, militarismo político, imperialismo económico, dialéctica de civilización y barbarie– (...) son temas que interesan fundamentalmente a la intelectualidad americana, pero no trascienden los límites nacionales o continentales, no se incorporan a la problemática universal, ecuménica, de Occidente.”**

Saltando sobre tanto **ecumen**, no parece difícil sostener que esos típicos problemas hispanoamericanos son tan **universales** como los que él menciona como característicos de la vocación intelectual europea. (Son **tan** universales, insistimos, pues no se trata de usar el error por su lado revés). Díganlo si no, los intelectuales del Medio Oriente, de África, de Indonesia y de tantas otras partes.

Tal vez se oculte detrás de todo esto una de esas cuestiones terminológicas que con tanta lucidez discriminó el Vaz Ferreira juvenil y que ha sistematizado esa escuela anglosajona de **la semántica** que apasiona a mi amigo E. B. El asunto es lo bastante interesante como para ensayar desde aquí una precisión.

Que el pensamiento extraeuropeo parezca **más condicionado** que el europeo es evidente; que esté más sometido a gruesas y urgentes determinaciones del clima histórico social. Pero el pensamiento europeo también lo está. Los problemas de la concentración industrial, de la vida urbana, de la estratificación de clases, de la soledad del hombre y el gregarismo, de la quiebra de la razón y los valores también son tremendamente condicionantes. También son **crecientemente universales**. Porque en eso estamos. La promoción de **las naciones infradesarrolladas**, la industrialización del mundo, la rebelión de los pueblos coloniales tal vez (no seguramente) nos llevan a ellos. Suponiéndole un curso previsible a la historia están **después** que nuestras presentes condicionalidades. Y nada más.

Lo que Zum Felde identifica con **lo universal** es lo no-condicionado, lo no-situado, ubicando dentro de ello, con mucha certeza, cierta problemática del hombre y de la vida que resulta capaz de sobrevivir a diferentes condiciones y potenciarse en una gama de situaciones muy diferentes. Esto lo negará el historicismo radical pero el mismo Sartre proclama la necesidad de servir **lo eterno** desde **el tiempo**, desde **la situación**. Y lo que se sirve existe. La elaboración lírica e ideológica del dolor de la finitud, del mal, de la temporalidad, de la soledad, de la frustración, de la trascendencia pueden centrar el núcleo de este imprescindible ámbito de la cultura. Se le ha dado el nombre de **clasicismo** y **clásico** a la capacidad de trabajar con estas materias y presentarlas en términos de gran objetividad, de permanencia, de madurez. Definen una temática que en Europa ha dado más jugo que en cualquier otra parte.

No hay muchos nombres fuera del viejo continente para contender con los que en él, dentro de esa línea, se han expresado, han creado.

Para terminar: que el pensamiento y el arte europeos puedan elevarse más a menudo a ese plano que vive por encima de la condicionalidad no significa que no estén condicionados. Y, sin recurrir a una explicación determinista ni económica, señalemos

que esta posibilidad sólo parece haber sido asegurada durante lapsos no demasiado extensos a núcleos bastante reducidos de hombres y mujeres. (Aunque el espíritu sople donde quiera).

Otras opiniones de Zum Felde parecen tan interesantes como la anterior, y menos discutibles. Aquella, por ejemplo, en que indaga agudamente en las relaciones entre la cultura y el poder (p. 345-346). Aquella en que toma partido por la vitalidad del español, distinguiendo con exactitud entre lo vivo del idioma y el academismo (p. 374-375). O sus excelentes páginas introductorias al estudio del positivismo americano (p. 187-189), en las que la valoración del factor histórico sobre la determinante geográfica se realiza con una inteligencia que no es frecuente encontrar en estos planteos.

Este **historiador opinando** hace que Zum Felde se juegue, y juegue la adhesión del lector, en todos y cada uno de sus juicios. Lo que es lástima es que estos juicios resulten casi siempre conciliaciones de tipo ecléctico. Que no siempre resultan fundados en el mismo examen histórico de los problemas sino, más bien, se queden reducidos a simples **pareceres**.

Dos categorías de estos **pareceres** ilustran suficientemente el opinar de Zum Felde.

Una clase de ellos se centra en las actitudes generales ante las corrientes del pensar filosófico y de la causalidad histórica. En estos terrenos, el autor se muestra generalmente inclinado a un sincretismo de posiciones de última hora aunque no pase, en general, del manejo de sus nombres y siga usando ciertas antítesis en curso hace dos o tres décadas: positivismo, materialismo || idealismo, metafísica o espiritualismo. A veces sostiene que no existe moral sin principios metafísicos (p. 260), en lo que bien puede estarse de acuerdo, y a veces se burla del materialismo superficial que él ve representado en Ameghino (p. 251), en forma que quepa opinar que esa cuerda la pulsaba mejor el olvidado Washington Paullier en su importante **Ciencia, Filosofía y Laicismo** (1937). Adverso al primado de la sociología (p. 392) antimarxista, transa suscitadamente el carácter de la línea Marx-Engels-Lenin como determinismo (p. 264), lo que no está bien, y como **paralogismo totalizante** (lo que puede ser válido pero, como fundamento de una actitud, es poco o está de más en un libro de este orden).

Pero su trámite fundamental es más característico aún en la decisiva cuestión que vertebra el libro y que es la de la primacía y volumen de los ingredientes raciales y culturales que integraron América. Asunto que, como es inevitable, implica otro: el de los prospectos, el de las políticas –sociales y culturales– que cada posición teórica hubo y habrá de deducir.

Zum Felde declara no ser ni indigenista, ni hispanista, ni europeísta ni secuaz de ese especial latinismo de versión francófila, sino partidario de una actitud que realice en América los valores de una cultura que ha dejado de ser europea para hacerse mundial, universal, **ecuménica**, dentro de las condiciones fácticas de una Hispanoamérica aceptada en todos sus ingredientes raciales, blancos, mestizos e indígenas, y en el legado de todos sus períodos históricos: Colonia e Independencia; España y Europa.

Son habituales sus exhortaciones a adaptar lo universal a la experiencia americana y a lograr una síntesis de lo telúrico y de lo cosmopolita. Su afirmación de que la herencia cultural del viejo mundo y su recepción por otras culturas es un hecho que no escapa de los fenómenos normales de la historia (p. 466-493) puede considerarse típica. Típicas también son sus conciliaciones, sus rechazos a elegir: ni colonialismo ni indigenismo (p. 384); sus repudios: indigenismo y europeísmo, errores opuestos (p. 495); sus soluciones:

la síntesis de lo blanco y de lo indio (p. 271); sus filiaciones: americanista y europeísta (p. 450).

Ante cada uno de esos ingredientes históricos y raciales que mencionábamos se vuelve a repetir el balanceo ecléctico. Si del período de la conquista, por ejemplo, piensa Zum Felde que es lo único auténtico que vivimos (p. 98); y que no existió en él menos libertad intelectual de la que se disfrutaba en Europa (p. 47); si la conquista no fue tan mala (p. 24) y todas las naciones europeas hicieron cosas similares (p. 36); si España, ante sus engegucidos impugnadores del siglo XIX, puede justificarse con el haberlos hecho posibles (argumento que se podría dar peligrosamente vuelta) (p. 124-125), esto no le definirá como hispanista. Zum Felde reprueba enérgicamente posiciones de Mañach que identifican a América con el espíritu español (p. 586) y ataca con encono a los modernos reivindicadores de la conquista (p. 26 y 84).

Ante las posiciones extranjeristas sostendrá que ciertas actitudes europeístas de las clases altas (que él ve representadas en Gabriel-René Moreno) son anacrónicas, pero se manifiesta proeuropeo en muchas ocasiones, manteniendo que lo que los autoctonistas extremos califican de exotismos no son tales sino, pura y simplemente, efectos, manifestaciones de la universalidad (p. 452).

Ante el indigenismo también se expide. Después de sostener conciliatoriamente que los indígenas no eran ni demasiado buenos ni excesivamente malos (p. 30), se expresa siempre como adverso a sus radicalismos antieuropeos (p. 496, 497, 500).

Aquel tono apodíctico que señalábamos, y que no se pierde en estas conciliaciones, se hace más radical aún en las opiniones literarias (la biografía novelada **género híbrido**, p. 146) y más radical todavía en las que pueden señalarse como contradicciones palmarias.

Tal sucede, por ejemplo, con los juicios sobre el **Facundo** de Sarmiento.

**“Cierta crítica, de índole nacionalista, en la Argentina y aún fuera de ella, ha pretendido negar esa validez historiológica a la interpretación del fenómeno americano contenido en el libro famoso, respetando sólo sus valores literarios (...) No se puede construir un monumento literario perdurable sobre la base de una tesis falsa, de un error histórico esencial (...) Aún la pura ficción y fantasía, reposa sobre esenciales verdades de lo humano (...) Si la interpretación conceptual de Sarmiento fuera falsa, “Facundo” dejaría de ser en su integridad, el gran libro que es” (P. 101).**

Pero preguntémosnos: ¿si son exactas las ideas anteriormente expuestas: justicia ante el período colonial, negación del europeísmo radical, si lo son otras que expone al pasar, aceptando la caducidad de la filosofía bilbaína del progreso, del repudio de España y de la superioridad del Norte (p. 108-109) no es esa deflación –justamente y a la luz de las propias ideas de Zum Felde– la que se produce con la tesis sarmentina. Aunque se encrespe con las interpretaciones **nacionalistas sofisticas** (p. 70), Zum Felde no parece estar muy distante de sus resultados. Ni tan lejos de poder aceptar que una postura que exige hoy tantos retoques puede no ser sociológica (I parte) y biográficamente (II parte) y políticamente (III parte) cierta y sin embargo definir a un gran libro. El **Facundo** lo ha sido y será –por su tono pasional, por su fuerza narrativa, por sus aciertos episódicos y por su clarividencia, no de diagnóstico, sino de violento prospecto, de prospecto que supo realizarse.

## FAVORES Y DISFAVORES

Por el radicalismo negativo de algunos juicios (y aun por algunas sospechadas valoraciones) el **Proceso Intelectual del Uruguay** ya despertó en su hora (1930), distentimientos y rencores. Aunque esos sentimientos no se hayan expedido en forma escrita no es difícil rastrearlos en integrantes de otras generaciones anteriores a la nuestra. La promoción que se inició a principios de siglo fue, sobre todo, la que más lesionada se sintió por sus rechazos tajantes. En ella, sin embargo, hay como un erizarse de piel ante la sola mención de nuestro crítico mayor; en varias, una difusa pero inflexible hostilidad para su obra y nombre. No creemos que esa actitud –más algunos episodios que el anecdotario de nuestra vida intelectual recuerda– sea ajena a la posición solitaria de la figura de Zum Felde en el país, a su alejamiento de toda sociedad visible.

Cierto es que gaje de la crítica sincera son estas amargas, poción inevitable de todo aquel que hace un deber del ejercicio estricto de su juicio. Son las parias que paga el derecho inalienable de opinar con lucidez y con franqueza sobre hombres, libros e ideas.

Y antes de pasar adelante, hagamos una aclaración. Tiene validez general para los diversos artículos en que estamos indagando en este **Índice**. Zum Felde ha sido –seguramente– nuestro primer crítico puro. Se inició en un ambiente que estaba habituado –como el actual– a la **crítica de amigos**, al autobombo y al bombo recíproco. Este mal se doblaba con otra modalidad específica, hoy menos visible. Era la **crítica del estímulo**, que repartía espaldarazos y promovía cualquier balbuceo a una alentadora publicidad. Herrera y Reissig y Rodó la cultivaron con fruición. Zum Felde impuso otros patrones y esto es lo que se le reprochó. Muchas de sus valoraciones permanecen firmes, sin que nos demos cuenta siquiera del coraje que fue necesario para siquiera plantearlas. Su desapego por las calidades literarias que pueda ofrecer nuestro siglo pasado –por ejemplo– es irrevocable. Sólidas son también las razones con las que fundamentó la importancia de Acevedo Díaz y de Florencio Sánchez. El rodonismo que podríamos representar algunos miembros de generaciones posteriores está mucho más cercano de sus posturas que de la copiosa bobería de los que **deshojaban la encendida rosa de (su) pasión y el pálido lirio de (su) desfallecimiento** junto a la tumba del autor de **Ariel**. Su hostilidad al énfasis y la vaciedad de buena parte de la generación del 900 fue fundadísima. Y fue justa- [error de impresión] No vamos por esas vías, sino por las contrarias. Y la propia distancia que ha guardado Zum Felde de todo el mundo de la infraliteratura oficializada, su cuidadosa ausencia de AUDE no hace más que acrecentar nuestro respeto. Entiéndase esto bien. Y entiéndase que cuando señalamos errores, vacíos o lenguaje, tenemos conciencia de estar haciendo algo con que la obra de Zum Felde debió contar desde sus inicios y no contó. Porque Zum Felde, crítico severo pero descuidado en todo lo que atañe con las complejísticas tareas preliminares a la crítica y a la historia (información, cronología, bibliografía, etc.), Zum Felde, crítico, decimos, no tuvo críticos. Si la oquedad innominada que lo rodeó, la oquedad resentida que fue el clima de su tarea se hubiese expresado en crítica, y en crítica leal aunque severa, muchos aspectos que se están señalando no hubieran existido. Su obra hubiera ganado en rigor sin ablandarse por eso en concesiones.

Todo esto es cierto. Pero también lo es el hecho de que el crítico y el historiador juzgan de acuerdo a valores y antivalores, opinan desde ángulos y perspectivas de juicio que, de alguna manera, han de ser coherentes. Ellos no tienen porqué ser previsibles ni siquiera explícitos, ni estar contenidos en ninguna profesión de fe. Pero una lectura inteligente deberá ser siempre capaz de señalarlos y una tarea –ardua o fácil– hacer de ellos algo parecido a un sistema, a una horma, a una postura.

Lo que puede y debe exigírsele al crítico es coherencia entre sus juicios y sus valores; es que no operen dispepsias, resentimientos o ignorancias entre sus valoraciones concretas y su aparato, más o menos formal, de apreciaciones. Y puede reclamársele también –salvo la improbable legitimidad de un arranque masoquista– que no exista identidad entre sus propias características y aquéllas que critica acerbamente en otros.

Si la posición ideológica de Zum Felde es la que se ha reseñado, si esa es la perspectiva de su juicio, muchas cosas tendrán que resultarnos injustas.

Injusta nos parecerá, por ejemplo, su actitud ante varios –y aun ante casi todos los llamados **arielistas**. Y el juicio sobre Francisco García Calderón resulta el mejor registro de estos desgraciados desvíos.

Despectivo es siempre con el ensayista peruano. ¿Razones? No son muy visibles. Si Zum Felde es hostil a la religión profana de lo parisiense, si ironiza eficazmente ciertas creencias demoradas (¿dejaron de serlo alguna vez?) sobre la superioridad de lo francés, tal actitud, por justa que a muchos pueda resultarnos, parece un poco flaca para despreciar desde ella la obra de Francisco García Calderón. Este vivió muchos años en Europa (sin duda) y seguramente los vivió casi siempre en París. Escribió dos libros –de propaganda y conocimiento americanista– en francés: **Le Perou contemporain** (1907) y **Les democraties latines en l'Amérique** (1912), con prólogo del admirado financista y seguro xenófobo, Raymond Poincaré. Pero el que haya leído la larga serie de libros y artículos (que además de esos dos se aproximan a la veintena) que García Calderón publicó en cerca de un cuarto de siglo de labor activa; el que los haya leído escritos en un español excelente y firmísimo, tiene que encontrar un sarcasmo muy romo el modo con que Zum Felde agrega –al nombrar y destacar uno sólo de este resto– que está **felizmente escrito en castellano** (p. 320). Creemos que el que lea –sin prejuicios de anclado en su rincón– la obra del autor de **Ideologías**, sólo podrá llegar a una conclusión. Y es la de que García Calderón fue un admirable sembrador de ideas e inquietudes, un hombre que durante esos veinticinco años referidos trató de mantener un ancho público americano –el de **La Nación** de Buenos Aires, el del **Fíguro** de La Habana, el de la magnífica **Revista de América** que él mismo fundó y sostuvo– en contacto con todas las novedades y vigencias de la cultura universal. Su firme diagnóstico corre desde una época en que Bergson, Durkheim, Tarde, Sorel y Menéndez Pidal eran novedades hasta otra en que lo eran Berdaiev, Ortega y Curzio Malaparte (que todavía se llamaba Curzio Schukert). Y todo esto sin novelorías ni pedanterías terminológicas, sin poner los ojos en blanco. Y, sobre todo, sin olvido para lo americano. No existe un solo artículo de García Calderón que no concluya con un intento, no siempre sumario, de deducir la utilidad y la función americana de las doctrinas que se explican o los episodios que se narran. Es una actitud arquetípica de ese encontrar la versión americana de las vigencias de la cultura universal. Lo que también, curiosamente, paradójicamente, es la postura íntima y más entrañable del mismo Zum Felde... Demás parece agregar ahora que García Calderón no fue tan galicista como Zum Felde afirma (p. 388), puesto que en su obra sobreabundan los temas

alemanes, italianos e ingleses, ni fue **rivagüerista** (p. 389). Riva Agüero, su coetáneo y en ningún modo su maestro, era un hombre interesado en muy otras cosas (historia americana y española, letras coloniales) que aquéllas que interesaban a García Calderón (filosofía, sociología, teoría política y social). Hispanista y colonialista, también tiene muy poco que ver con FGC, eminente **moderno** en la plena significación de la palabra.

Expuesto esto, señalemos: lógico y hasta necesario es que Luis Alberto Sánchez, indigenista y más o menos marxista, rechace la obra de su compatriota. Lógico que, antes de él, la haya rechazado su compatriota Mariátegui. ¿Puede hacerlo Zum Felde, sin incoherencia, desde **sus** puntos de vista?

El gesto de morgue con los **arielistas** no se limita al nombrado. Gonzalo Zaldumbide, por ejemplo, de quien dice que **intenta cierta crítica del maestro** (p. 330), me parece el autor del libro mejor y más coherente que sobre Rodó se haya escrito. En ningún modo favorable o apologetico del escritor uruguayo, en 1917 fijó las grandes objeciones del **antiarielismo** que algún articulista de **El Día**, hacia 1920, desplegara minuciosamente.

Injusto hasta la diatriba es también Zum Felde con José Vasconcelos, a pesar de ser este sólo un muy tenue arielista y resultar mucho mejor vinculable al decisivo grupo del **Ateneo de la Juventud de México** y de la Revolución de 1910. Aunque le conceda algunas calidades humanas y personales imposibles de negar, la resta empieza muy pronto. Así, rebaja sistemáticamente sus plantos hispanoamericanos –los de **Indología**, **La raza cósmica** y **Bolivarismo y Monroísmo**– sosteniendo que ninguno de esos temas es nuevo. Sin duda que sí, pero ya es difícil afirmar eso si de los temas se pasa a las posiciones, a las intuiciones. La novedad, sin embargo, que importa en Vasconcelos, no es siquiera esa, sino una muy distinta. Es la de la ardiente conexión entre la postura intelectual y la acción histórica concreta a través de la milicia en la primera gran revolución popular de Hispanoamérica y la posterior rectoría de la cultura mexicana en la tercera década del siglo (“**Por mi raza hablará el Espíritu**”). Es la conexión entre esa postura y la predestinada infancia en las márgenes del Río Grande del Norte, el río de Pecos Bill, en una zona de clamoroso conflicto de culturas, de modos de vida, y todo lo que ella dejó. Las dos circunstancias importan, sin duda, un enfoque muy distinto al de esos apacibles espectadores de **la nordomanía** del tipo de Rodó o del de esos líricos cruzados turísticos del antimperialismo de la clase de Manuel Ugarte.

En base a un texto publicado en una revista colombiana, también del Vasconcelos filósofo se burla Zum Felde acerbamente. El texto no es, sin duda, un prodigio de coherencia, ni un prodigio de sensatez y parece claro, sin recurrir a él sino a sus libros más ambiciosos (la **Metafísica**, la **Estética**), que la filosofía de Vasconcelos, en su estricta literalidad, no es válida más que para él mismo. Pero como expresión de un estilo del filosofar hecho de audacia, intuiciones geniales, grandeza (también caprichos, vacíos y peligroso desprecio del buen sentido); como reflejo de una poderosa personalidad y como reiteración de intemporales recurrencias del pensar metafísico, la filosofía de Vasconcelos es importante. Zum Felde tal vez crea despreciable (por no responder a ninguna **fenoménica** ni a ninguna **historicidad**), esa inspiración plotiniana que iluminó, entre el de otros, el genio de Baudelaire. Pero esa inspiración y su elaboración vasconceliana han sido juzgadas en toda su significación por hombres que, como José Gaos y Antonio Castro Leal, son dueños de un juicio más cauto que el del autor de **La estética del Novecientos**.

En la línea de la misma hostilidad se halla el hecho de calificar de **arielistas** al venezolano Vallenilla, del que habrá que hablar, y a Manuel Ugarte. En estas mismas páginas (**El inventario del arielismo**) ya se ha señalado la escasísima adhesión que éstos profesaron a Rodó.

Para toda esta generación de principios de siglo el autor tiene muletillas con las que se expide sumariamente. Las de **academismo y tono académico**, que a tantos se aplica, parecen mucho peores para definir un estilo que las retahilas de adjetivos que usaban las viejas preceptivas. **Retoricismo y retóricos** es también un sayo bastante descolorido que cae sobre casi todos los tropicales. En esto parece que hay más justicia. La discusión comenzará cuando Zum Felde lo aplica a los que cree que, sin serlo, tienen nostalgia y vocación de tales (Ricardo Rojas, Franz Tamayo).

Vinculadas con esta actitud, ciertas imprecisiones parecen participar al mismo tiempo del desconocimiento y de las dispepsias. En la p. 377 del **Índice** se dice, por ejemplo de **Los que pasaban**, el encantador libro de Paul Groussac: “**se refiere a políticos y universitarios, no precisamente a escritores**”. Es una opinión. Porque entre los personajes que Groussac evoca se encuentran Pedro Goyena, José Manuel Estrada y Nicolás Avellaneda. Como escritores los tres tienen fojas diversas y, sin duda, no demasiado importantes. Pero los tres están editados en la optimista serie de **Clásicos Argentinos**. Pedro Goyena fue uno de los iniciadores de la crítica literaria en la Argentina. José Manuel Estrada, orador sobre todas las cosas, es autor de **La política liberal bajo la tiranía de Rosas**, que alguna vez leímos con verdadero gusto y que, en la línea temática, es obra imprescindible. Nicolás Avellaneda es el típico estadista de la brillante oligarquía argentina, con excelente don de decir y escribir y verdadera y firme inclinación por las letras. El juicio de Zum Felde resulta demasiado radical. O demasiado ligero.

### -III-

#### GROUSSAC, “ARIEL” Y LAS CRÍTICAS A ESTADOS UNIDOS

Es frecuente que, cuando Zum Felde establece una relación, el sentido que a esta conceda, suela ser el contrario del que un juicio más atento pudiera determinar. Ejemplo excelente se nos antoja la que intenta a propósito de una muy interesante cuestión: la de la influencia de Paul Groussac sobre **Ariel**. Entre el libro del franco-argentino **Del Plata al Niágara** (1897) y el capítulo del discurso de Rodó en que se enjuicia a Estados Unidos existen evidentes contactos que, dada la primacía temporal del libro de Groussac, toman el carácter de seguras **fuentes**. Esta influencia no es Zum Felde el primero en señalarla; no es tampoco la única influencia de Groussac en este punto (ni es, por último, la única influencia argentina en esta cuestión).

En cuanto a lo primero, señalemos que ya la marcó Juan Carlos Gómez Haedo en un excelente prólogo de **Ariel**, en el que sin embargo se sostenía que por lo **incisivo y cáustico** el análisis del historiador de Liniers no podía haber inspirado a Rodó. (Como si éste no hubiera sido maestro en ciertos cambios sutiles de impostación y sus propias posturas, piénsese en el manejo de las ideas de Renan sobre la democracia, no nacieran de esos cambios de tono).



En cuanto a lo segundo, habrá que agregar que, en un famoso discurso del 2 de Mayo de 1898 en el teatro de la Victoria (cuya significación ha sido señalada por Roberto Giusti, y que fue editado no sólo en magnífico folleto sino difundido por la prensa de todo el Río de la Plata), Groussac orquesta todos los temas de la crítica rodoniana, hasta puntos tan concretos como el sentido representativo de Franklin, la amenaza del Oeste americano como dinámica pura de lo **yanki**, la excepción con que se homenajea la zona de Nueva Inglaterra y la intención con que se satiriza la aspiración a reemplazar la rectoría de Europa. En él se emplea, por fin, el término de **calibanesco** aplicado al mundo norteamericano.

En cuanto a lo tercero, otros antecedentes argentinos tiene **Ariel**. Cierta tenue influencia de un libro cordobés de 1899, los **Peligrosos Americanos**, de Antonio Rodríguez del Busto. Y sobre todo un fundamental discurso rectoral de 1893, pronunciado por Lucio Vicente López, el autor de **La gran aldea**, también señalado sumariamente en el benemérito prólogo de Gómez Haedo. En él igualmente se esgrimen todas las objeciones de **Ariel**, y se abomina de lo plebeyo y de la vulgaridad con un tono que hoy no puede dejar de parecernos extremadamente remilgado. En él se encuentra, incluso, la calificación de **palladium de la aristocracia washingtoniana** –que Rodó recoge y acepta– aplicada a Boston y a los Estados de Nueva Inglaterra.

Cierta posible influencia sería también señalable: la de un libro de viajes de D. Vicente Quesada, ex-ministro en los Estados Unidos, por entonces, aunque todavía prudentemente refugiado tras de una barrera de seudónimos: **Víctor Gálvez y Domingo de Pantoja**.

Seguro eco debió tener en el espíritu receptivo de Rodó un artículo de Rubén Darío, sobre cuyas **Prosas Profanas** (en aquel tiempo previo de **Ariel**) también trabajaba. Se titula **El triunfo de Calibán** y fue publicado en **El Tiempo** de Buenos Aires del 20 de mayo de 1898. Elogia a Groussac y a sus dos textos (el libro y el discurso), manifestándose exaltadamente hispanista y antiyanki. La página está recogida en la edición de Erwin K. Mapes y su importancia ha sido destacada por el español Melchor Fernández Almagro en su excelente colección de ensayos, **En torno al 98** (Madrid, 1948). Como lo había hecho Groussac y como lo haría Rodó, vuelve Darío a zarandear el ejemplo de Poe. Parece de justicia lo que, cincuenta años después (1949), afirmaría Jorge Luis Borges:

**Inaugurada por Baudelaire, y no desdeñada por Shaw, hay la costumbre pérfida de admirar a Poe contra los Estados Unidos, de juzgar al poeta como un ángel extraviado, para su mal, en ese frío y ávido infierno. La verdad es que Poe hubiera padecido en cualquier país. Nadie, por lo demás, admira a Baudelaire contra Francia o a Coleridge contra Inglaterra.**

Pero volvamos a Zum Felde y a Groussac. Señala el primero la coincidencia de estilo entre el franco-argentino y Rodó (p. 371, 373-374). Sostiene que la crítica del uruguayo tiene **mayor amplitud y precisión** (p. 377), que es **más cabal** y de **mayor alcance** (p. 297). Señala lo muy dura que –en contraste con la que realizará Rodó– es la crítica de Groussac.

No podemos, naturalmente, hacer un contraste de textos. Un cotejo del que resultarían los innumerables pasajes en que Rodó sigue a Groussac, desde la filosofía general de su visión hasta cantidad de ejemplos y puntos concretos: **la generación de Emerson y Channing**, ya desaparecida, la mención del **Salmo de la Vida**; la sugestión

de la **hermosura calibanesca**, el horror ante el Oeste típico y el Chicago representativo; la alusión a Emerson y Poe como ejemplares aislados y desoídos; las acusaciones de inexistencia de una instrucción verdaderamente superior; el disgusto ante la falta de sentido ético; la calificación de **civilización incompleta**.

En un solo punto no siguió Rodó a Groussac y es esa constante reiteración de un auténtico odio racista a los negros que encuentra en su camino. En lo demás lo copia puntualmente, aunque su [...] se edulcore y varíe, reconociendo virtudes y calidades.

Si más cabal, de mayor amplitud, de mayor alcance son las críticas del uruguayo, de [...] precisión por estar las de [...] en un difundido discurso [...] de Groussac en un libro de viajes no tan leído como [...] aceptamos la calificación de Zum Felde como conclusión [...] un balance que seguramente se tomó la molestia de realizar. Pero observemos: la de Groussac tiene el valor de una visión directa. Poco importa que fuere aguda o roma, buena o mala. Poco importa que esté inspirada en un esteticismo aristocratizante, que muy poco después ya era escasamente potable. William James se burlaba por esos tiempos de la crítica muy similar que realizaba a los Estados Unidos el respetable Matthew Arnold, cuya gran acusación o desdén se basaba en que el país no era interesante y carecía de viejas casonas cubiertas de hiedra. Mucho de esto también tiene la crítica de Groussac y la similar de su compatriota Paul Bourget (**Outremer**) como se lo destacaba a Rodó –en reseña al **Ariel** y con mucha inteligencia– el crítico del Caribe, Francisco García Cisneros.

Pero eran las de Groussac y las de Arnold censuras directas y la de Rodó estaba muy lejos de serlo, libresca y arbitral, como se organiza en su conocido discurso.

#### **CARLOS REAL DE AZÚA**

**NOTA.-** Esta es la segunda de una serie de tres notas dedicadas a comentar el último libro de Alberto Zum Felde (**Índice crítico de la literatura hispanoamericana. I. La Ensayística**, México, 1954), y los [...] que suscita en el cronista. En una próxima edición se publicará la tercera.